



MINTEGUI

La designación de la candidata de Bildu para las elecciones a lendarakari me recuerda una vieja historia vasca con un insólito desenlace moral

Como es sabido, la candidata de Bildu a la presidencia de la Comunidad Autónoma Vasca para las próximas elecciones a lendarakari se llama Laura Mintegi Lakarra, o sea, Laura Mintegui Lacarra según la ortografía del español, y es una profesora de la Universidad del País Vasco, nacida en Estella hace cincuenta y siete años, que cuenta entre sus antepasados al ilustre medievalista navarro don José María Lacarra. La profesora Mintegui, autora de novelas eusquéricas, procede de la proteica *Herri Batasuna*, en la que ya militaba cuando la conocí, a mediados de los años ochenta.

Fue aquélla una época bastante dura. ETA mataba todo lo que podía, y el GAL había hecho su aparición atentando y secuestrando, sobre todo en la región vascofrancesa. El PNV pastoreaba su Euskadi sin que nadie soñara aún en disputarle la hegemonía. En la Universidad del País Vasco (UPV) ejercía como rector un médico valenciano con apellido de alcaldesa valenciana. El claustro estaba dividido en dos sectores, uno más o menos controlado por los no nacionalistas, y el otro, que se autodenominaba «crítico», por *Herri Batasuna* y sus acólitos. Este último tenía un programa muy simple: imponer el uso del eusquera en las sesiones claustrales (lo que consiguió gracias a un costosísimo sistema de traducción simultánea) y convertir a todos sus

miembros en funcionarios sin pasar por las oposiciones. El rector se mantenía en un cómodo equilibrio, haciendo a los batasunos todas las concesiones posibles sin llegar jamás al horizonte utópico de la funcionarización universal, y garantizándose así su apoyo (o al menos su abstención) en las sesiones claustrales.

En esas estábamos, cuando, en unos papeles incautados al GAL, apareció cierta información acerca de un profesor vinculado al sector “crítico” que relacionaba con ETA. Sus colegas abertzales montaron un buen pollo y exigieron de las autoridades universitarias que se solidarizaran con el afectado, cosa que el rector se apresuró a hacer. Fernando Savater, todavía catedrático de la UPV, deploró en vano que el equipo rectoral no se hubiera comportado de manera semejante con los profesores amenazados por ETA, que ya constituíamos un grupito conspicuo.

Entonces, aprovechando la coyuntura, la profesora Mintegui pasó al ataque. Denunció en un periódico abertzale que los presos de ETA matriculados en la UPV eran objeto de agresiones administrativas y académicas por parte de la universidad, impidiéndoles disponer de programas de las asignaturas y examinarse. Como responsable de tales tropelías señalaba con nombre y apellido a quien esto escribe. Obviamente, exigí del rector una solidaridad hacia mi persona análoga a la que había manifestado con el profesor supuestamente infamado por los GAL. El rector no movió un dedo, como era de temer. Pero sucedió algo imprevisto. Sólo un preso de ETA estaba matriculado en mis asignaturas. No era un arrepentido, ni mucho menos. Sin embargo, publicó en el periódico donde habían aparecido las insidias de Mintegui una respuesta a las mismas tachando a su autora de embustera. Yo no era, venía a decir, santo de su devoción, pero había que dar a cada cual lo suyo y él no tenía queja alguna de mi proceder como profesor ni le constaba que otros presos la tuvieran. Recibía con regularidad sus programas, y era examinado y evaluado por mí con entera justicia. El preso, al que nunca conocí personalmente, se llamaba José Miguel Azurmendi. Le agradecí por carta su intervención, acusó recibo, y quedamos tan enemigos como siempre. No sé qué ha sido de él, pero intuyo que la candidata de Bildu se la tiene guardada.